



**Discurso de agradecimiento premio internacional Hrant Dink de derechos humanos en Turquía, Jomary Otegón Osorio, presidenta del Cajar.**

Buena tarde a todos.

Es un honor estar aquí en el día de hoy recibiendo este premio en favor del Colectivo de Abogados y Abogadas “José Alvear Restrepo” (CAJAR). Hoy estamos acá, en nombre de nuestra organización, pero también en nombre de cientos de defensores de derechos humanos, mujeres y hombres que en mi país trabajan en favor de la paz, la justicia, la democracia, los derechos humanos, la defensa del ambiente sano y la construcción de una sociedad más justa y equitativa.

Colombia es un país con grandes paradojas; aunque nuestro territorio se caracteriza por una gran riqueza, siendo el segundo país más biodiverso del mundo, y tal vez en razón de ello, ha sufrido al igual que muchos países del sur, una gran expoliación de sus recursos naturales fruto del voraz apetito de empresas transnacionales que han propiciado el despojo, la acumulación y la destrucción de numerosos ecosistemas, en perjuicio de la naturaleza, de los pueblos y comunidades que cuidan de ella.

Hemos construido a lo largo de cinco décadas uno de los movimientos de derechos humanos más fuertes del continente y al mismo tiempo, Colombia puede ser uno de los países más peligrosos para la defensa de los derechos humanos y ambientales en el mundo. El costo de defender los derechos humanos sigue siendo muy alto. Sólo este año han sido asesinados por lo menos cien defensores y defensoras de derechos humanos, otros cientos han sido amenazados y muchos de ellos se encuentran en el exilio, las cárceles o procesados injustamente por defender la vida, la tierra, el territorio, el ambiente, la paz y los derechos de todos. A todas y todos los defensores de derechos humanos en Colombia está dedicado este premio, porque son nuestra inspiración, nuestra fuente de aliento y esperanza.

En 2016, se suscribió un Acuerdo de Paz que pretendía poner fin al conflicto armado de más de sesenta años con una de las guerrillas más antiguas del mundo, llamada Farc. Este Acuerdo lo recibimos con gran esperanza y con la expectativa de poder construir un mejor futuro para las siguientes generaciones. Pero no ha sido nada fácil, el retraso en el cumplimiento del Acuerdo de Paz por parte del Gobierno anterior, originó el fortalecimiento de otros conflictos y formas de violencia. De acuerdo al CICR hoy en Colombia se viven por lo menos cuatro conflictos armados entre el Ejército Nacional y otras guerrillas, entre guerrillas y grupos paramilitares, y entre otros grupos con fuertes lazos con el narcotráfico.

Pero el pueblo colombiano es valeroso y persistente. En plena pandemia y a pesar de la fuerte militarización, miles de personas en todo el país salieron a las calles, en un estallido social para exigir cambios frente a la profunda desigualdad económica, la situación de pobreza y la falta de acceso a los derechos económicos y sociales. Fueron protestas multicolores, diversas, sostenidas y encabezadas por jóvenes de sectores populares, jóvenes que no tenían temor, porque no tenían nada que perder, pero sí mucho que exigir. La represión no acalló su voz, aunque muchos de ellos perdieron su vida, otros sus ojos, y centenares de ellos uno de los bienes más preciados del ser humano: su libertad.

Estas protestas multitudinarias marcaron un cambio y transmitieron un mensaje: “queremos un cambio en el modelo económico, estamos cansados de que la única oportunidad para los jóvenes sea participar en una guerra que no iniciaron, mientras una minoría goza de grandes privilegios y se enriquece a costa del despojo”.

Tras un ciclo de tres años de protestas, surgió una base social suficiente para tener por primera vez un gobierno que constituye una oportunidad de cambio, que se ha comprometido con fortalecer la democracia, los derechos humanos y buscar nuevamente negociar con grupos armados para alcanzar la paz total con seguridad humana entendida como la protección de las personas, la naturaleza, los seres sintientes a través de políticas sociales, medioambientales, económicas, culturales en especial para los excluidos, para los “nadies”, en palabras una mujer afrodescendiente, defensora de la naturaleza y hoy vicepresidenta del país. Una paz que permita pasar de la llamada guerra contra las drogas, al cuidado de la vida.

Pero sabemos que no son los gobiernos los que logran cambios, son los pueblos, son los movimientos sociales, las organizaciones que se movilizan en los territorios, que trabajan por la defensa y garantía de los derechos, quienes con su ahínco, compromiso y lucha logran transformaciones.

Este premio de Hrant Dink Foundation que hoy recibimos con orgullo, es un gran aliciente para seguir aportando a estas luchas desde y para la gente, comunidades y territorios, desde donde lo hemos hecho en estos 45 años, entregando nuestra experiencia como abogados defensores de derechos humanos, poniendo el derecho al servicio de las causas justas y por el reconocimiento de los derechos de las víctimas del genocidio político

Esta decisión política nos ha costado, como decía el video que acabamos de ver, nuestra tranquilidad y la de nuestras familias. Hemos sido hostigados, amenazados, vigilados y estigmatizados por este sencillo aporte: defender la vida, así como lo hizo Hrant Dink quien luchó por la reconciliación y el reconocimiento del genocidio armenio.

Desafortunadamente no son hechos del pasado. En los últimos años, a pesar del acuerdo de paz y del nuevo gobierno, integrantes de nuestra organización y

familiares han sido amenazados y hostigados por su trabajo en los tribunales, espacios de formación y escenarios de construcción de paz.

Al honrarnos con este premio que han recibido previamente hombres y mujeres valerosos, nos protegen frente a los ataques de quienes nos quieren destruir como organización y eliminarnos como seres humanos. Al hacerlo, posibilitan que sigamos alimentando esperanzas y sueños; que no escojamos el camino del exilio. A Ustedes y a muchas manos solidarias alrededor del mundo, les debemos que sigamos vivos para seguir luchando por la vida digna, la paz y la justicia en Colombia. Para que cese la guerra definitivamente y para que no se repita. Este premio constituye la muestra de que la solidaridad traspasa las fronteras y que si fortalecemos nuestras luchas por la vida y la dignidad de los pueblos lograremos que otro mundo para nuestras hijas e hijos sea posible.

Muchas gracias